

CUCA CANALS



Rinus Descartes

EL
ASESINO
DE LOS
OSITOS
DE
PELUCHE

≡FILO & SOFÍA≡

Pensamos **lue**go investigamos



EL
ASESINO
DE LOS
OSITOS
DE
PELUCHE

edebé

CUCA CANALS

EL
ASESINO
DE LOS
OSITOS
DE
PELUCHE

contado por
Rinus Descartes

≡FILO & SOFÍA≡

Pensamos luego investigamos



© Cuca Canals, 2020

© Ed. Cast.: Edebé, 2020
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección editorial: Reina Duarte
Coordinación de producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Book & Look

1.^a edición, noviembre 2020

ISBN: 978-84-683-4926-8
Depósito legal: B. 8362-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hijo Bruno, que me ha
acompañado en este apasionante
viaje filosófico. Un millón de gracias.*

AGRADECIMIENTOS

A Bruno Canals Castro, mi asesor filosófico en el proyecto. En todo momento me ha ayudado a dar vida a los personajes y a imaginármelos. Me ha proporcionado mucho más que información; me ha contagiado su entusiasmo por la filosofía. Los dos nos hemos pasado muchas horas «filosofando».

A José Castro, por sus aportaciones gráficas y ayuda en el diseño del proyecto.

A Carina Pons, que es parte de la idea de esta colección.

A Reina Duarte, por nuestros cafés en la Plaza Artós y por todo.

FILO & SOFÍA

Pensamos luego investigamos



Sofía Hepatia

~ 16 años ~

**«Comprender las cosas
que nos rodean es la mejor
preparación para
entender las cosas
que hay más allá».**





René Descartes

~ 12 años ~

**«Pienso,
luego existo».**



Karlitos Marx

~ 12 años ~

**«La peor lucha es
la que no se hace».**



Freddy Nietzsche

~ 12 años ~

**«El mundo real es
mucho más pequeño
que el mundo de la
imaginación».**



Sócrates Júnior

~ 11 años ~

**«Solo sé
que no sé nada».**



Confucio

~ 10 años ~

**«Estudia el pasado
si quieres pronosticar
el futuro».**



Dave Hume

~ 11 años ~

**«Cada solución
da pie a una nueva
pregunta».**





ÍNDICE

1. El peor día de mi vida	11
2. El profesor Grasset	28
3. Un asesinato y otras sorpresas	32
4. Sofía Hipatia	39
5. Un lugar fascinante	47
6. La clase más divertida del mundo	56
7. FILO&SOFÍA.....	62
8. El mejor día para asesinar	70
9. Una nueva vida	78
10. La quema de libros	91
11. Otro asesinato más... ¿Hasta cuándo? ...	102
12. El inspector Martin	108
13. Los escenarios de los crímenes.....	113
14. Una visita inesperada	126
15. Un nuevo sospechoso	140
16. ¿Luz al final del túnel?.....	145
17. Deducciones finales	157
18. ¿Estoy muerto?	169
19. La confesión del asesino.....	173
20. Viva la filosofía	181
Epílogo	191







EL PEOR DÍA DE MI VIDA

El día 14 de abril de 1910 parecía que iba a ser un día normal. Un día más en mis doce años de vida. Mi madre me despertó como siempre a las 7:00 horas. Desayuné con ella y con mi padre a las ocho. Huevos con patatas al horno. Deliciosos. Antes de vestirme, mi madre me cortó el flequillo, porque ya empezaba a taparme los ojos. Mientras me lo arreglaba, me contó que esa mañana iban a coger un barco para ir a un pueblo pesquero al norte de Barville, donde se iba a celebrar un banquete para festejar el cumpleaños de una buena amiga. Como cada mañana, me despedí de ellos con un beso y un abrazo. Eran los mejores padres del mundo.

—Nos vemos por la tarde —fueron las últimas palabras que oí pronunciar a mi madre.



Recogí mi cartera y salí a la calle. Tardaba unos quince minutos en llegar a la escuela. Como casi siempre, había un gran ajeteo. Los coches de caballos convivían con algunos automóviles y un montón de bicicletas y viandantes. Era la hora en que hombres y mujeres se dirigían a sus trabajos. Los comerciantes abrían los negocios. La ciudad estaba llena de vida. El día había amanecido soleado. Llegué al colegio poco antes de las nueve de la mañana sin saber que mi vida estaba a punto de dar un giro de 180 grados. Acababan de sonar las doce campanadas cuando una funcionaria del Ministerio de Educación y Familia se presentó en mi clase y me llamó por mi nombre.

–Rinus Descartes –se oyó su voz desde la puerta del aula.

El director de la escuela la acompañaba con un aire circunspecto. Solo ver a la funcionaria, intuí que me iba a decir algo importante.

–Tus padres han muerto en un naufragio –declaró sin ningún tacto cuando me reuní con ella.

En ese instante, pensé que mi corazón se detenía. Según me contó la funcionaria, la embarcación en la que iban mis padres transportaba a más de cien pasajeros, el doble de lo permitido, y se había hundido inevitablemente debido al sobrepeso. El fuerte oleaje aceleró el drama. En pocos minutos, el casco de la embarcación se precipitó al fondo. La guardia



costera tardó más de una hora en llegar al lugar. Dieciocho pasajeros, entre ellos mis padres, murieron ahogados. El resto sobrevivió.

–No me lo creo, no puede ser –dije conmocionado.

Era incapaz de reaccionar. Aquello solo podía ser una pesadilla. Mis padres muertos... Qué iba a ser de mí. Quién me iba a cuidar. Tardé varios minutos en poder hablar de nuevo.

–¿Está segura de que mis padres han fallecido? –le pregunté a la funcionaria con los ojos inundados de lágrimas.

–¿Crees que, si no fuera así, me hubiera desplazado a informarte? –replicó la mujer, como si le ofendieran mis palabras–. Venga, recoge tus cosas y vámonos. Tengo muchos trámites que hacer y he de llevarte a la Casa de los Huérfanos.

–Antes quiero ver los cuerpos de mis padres –exigí.

La funcionaria me miró con extrañeza.

–¡No pienso aceptar que están muertos hasta que los vea! –le grité.

Tanto insistí que finalmente accedió a mi petición. Fuimos a la morgue de Barville, adonde habían trasladado a las víctimas del fatal accidente.

–Te espero fuera –dijo la funcionaria, dejándome a cargo de uno de los forenses.

Yo entré temblando. Los cadáveres, colocados en fila y tapados con sábanas, se encontraban en una sala



enorme, sin apenas luz. El hombre me indicó con su dedo índice dónde estaban mis padres. Luego, levantó la tela que los cubría para que pudiera ver sus caras.

Ahí estaban los dos. Sus rostros blancos como la nieve. Parecían dormidos. Mi madre incluso sonreía, o eso pensé. Acaricié sus mejillas, que tantas veces había besado. ¿Qué iba a ser de mí sin ellos?

Ese fue el peor día de mi vida.

De repente, todo me dio vueltas. Pensé que me iba a desmayar. Me pellizqué el brazo con la esperanza de despertar de un mal sueño, pero solo sentí dolor. Eso significaba que, por desgracia, aquello era real. Ahora tenía la certeza de que habían muerto. Nunca más volvería a verlos. Rompí a llorar.

Solo pude estar con ellos unos minutos. Me disponía a besarlos en la frente cuando el hombre me arrancó de allí.

En uno de los pasillos de la morgue, me crucé con unos padres que lloraban desconsoladamente. La madre estaba como ida. Maldecía a quien le había arrebatado a su hija. Negaba con la cabeza una y otra vez. Aullaba de pena. ¡Cuánto sufrimiento! El dolor y la pena estaban grabados en su rostro.

–Mi niña, mi niña, mi niña –repetía con desesperación.

El padre, con los ojos rojos, también lloraba, aunque intentaba calmar a su esposa abrazándola con las pocas fuerzas que le quedaban.



–Su hija, de solo diez años, ha sido asesinada –me susurró el forense–. Ver morir a un hijo es lo peor que les puede pasar a unos padres.

Yo pensé que ver morir a tus padres era igual de triste o más. También pensé que ese dolor desgarrador me unía de alguna manera a ese matrimonio. Sí. Me impresionaba ver a unos padres que me recordaban a los míos. Su pena debía de ser tan inmensa como la que yo sentía. Durante unos segundos mis ojos y los de la mujer, intensamente verdes, se cruzaron. Nunca olvidaré esa mirada llena de tristeza, de sufrimiento, pero también de amor, como si me dijera: «Tú tienes la oportunidad de vivir».

De lo que sucedió después solo tengo algunos recuerdos. Estaba en estado de *shock*. Ni siquiera podía caminar solo. Ayudado por la funcionaria, fui conducido a un centro de acogida a la espera de que mi tía Claudia viniera a buscarme.

–No quiero ir con mi tía –pronuncié con la voz rota de dolor–. Está loca.

La soledad que sentía era infinita. Mi única familia era esa mujer a la que ni siquiera conocía y de la que solo sabía que era viuda y que no estaba en sus cabales. Tardó dos días en venir a recogerme y, cuando lo hizo, me miró de arriba abajo con desprecio.

–Así que tú eres Rinus Descartes... Vendrás a vivir a mi casa porque no tengo otro remedio –fue lo primero que me dijo.



–¿Y si no quiero ir? Hallaré una solución. Necesito pensar, por favor... –le supliqué, sabiendo que en realidad no tenía otra opción.

–No hay nada que pensar –zanjó el tema mi tía.

En ese momento, me acerqué a ella para que me abrazara. Necesitaba urgentemente consuelo. Intenté rodearla con mis brazos, pero se separó bruscamente de mí.

–No quiero engañarte, Rinus. Sintiéndolo mucho, no voy a tener tiempo para ti. Así que es mejor que no me cojas ni pizca de cariño.

Al menos, tenía que reconocerle una virtud: era sincera.

Fuimos hasta mi casa, donde recogí unas pocas prendas de ropa. También me llevé las fotos familiares que mis padres guardaban en una caja de madera. Al pasar junto al baño, vi el peine de concha que utilizaba mi madre para cortarme el pelo. No pude evitar echarme a llorar. Con él me había retocado el flequillo el día del naufragio. Por última vez.

–¡Tenemos que irnos! –me gritó mi tía.

Con lágrimas en los ojos, cogí el peine y lo metí en el bolso. Después, dirigí una mirada repleta de nostalgia a la gran librería de la sala. Era de roble y ocupaba toda la pared principal. Ejemplares de todo tipo se agolpaban de arriba abajo.

–No sé por qué tus padres tenían tantos libros –declaró mi tía–. No sirven para nada.



Mi padre era contable de una fábrica, aunque siempre decía que le hubiera gustado ser profesor. Tanto él como mi madre eran grandes aficionados a la lectura y solían comprarse libros siempre que podían. Me entraron ganas de acariciar esos lomos de piel, oler sus páginas...

– ¿Puedo permanecer un momento a solas aquí?
– le pregunté.

– No, vámonos – me apresuró.

– ¿Me los podré llevar conmigo algún día? – le pregunté lloroso.

Y alcancé un volumen. Era un libro de mapas elegantemente encuadernado. Mis padres me lo habían regalado por mi cumpleaños. Me gustaba mucho imaginar que viajaba por esos países, y memorizaba los pequeños nombres impresos en los Estados de todo el mundo. Sin duda, era mi libro preferido.

– Eso es imposible. En mi casa no tengo espacio – me interrumpió. Y además, ¿para qué los quieres?

– Para mí tienen un gran valor. Algún día me gustaría estudiar en la universidad.

– Déjate de estupideces. Lo que tienes que hacer es encontrar un trabajo – me espetó.

No le dije que mis padres me habían inculcado que el conocimiento era muy importante, porque estaba seguro de que no lo entendería.

En una vieja carreta conducida por un escuálido caballo, fuimos hasta su vivienda, un antiguo edificio de



tres plantas situado en el Barrio del Sur. Mi tía Claudia vivía en la planta baja, donde también se encontraban tres vacas de su propiedad. Vendía la leche que daban. Cuando atravesamos la puerta, pude intuir lo que me esperaba: decenas de pájaros (canarios, loros y periquitos) vivían dentro de la casa libremente, volando a su antojo. El otro inquilino de la casa era un insoportable chico de trece años, grande como un armario. Medía casi un metro noventa y pesaba 100 kilos.

–Joel es tu primo –lo presentó.

¡Yo ni siquiera sabía que la tía Claudia tenía un hijo! Me miró de arriba abajo con superioridad y lo primero que hizo fue burlarse de mi flequillo.

–Pareces un payaso. Llevas un corte de pelo ridículo.

Me dolió ese comentario, porque mi madre siempre me decía que el flequillo me daba mucha personalidad. Se trataba de una línea recta que atravesaba mi frente de izquierda a derecha desde que yo tenía uso de razón.

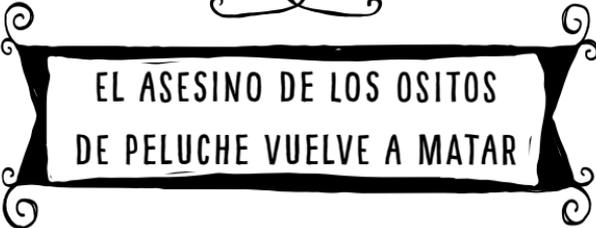
Mi tía miró hacia el suelo del piso, que estaba lleno de papeles de periódico que había puesto tras fregar esa mañana.

–Te dije que recogieras esos periódicos cuando el suelo estuviera seco –se dirigió a Joel, y después a mí–. Hacedlo entre los dos.

–¿Qué día es hoy? –preguntó mi primo.

–Jueves, pero ¿eso qué tiene que ver? ¡Venga, vamos! ¡A moverse! –nos ordenó.

Los dos obedecemos. Recogí un ejemplar distraí-
damente, pero me quedé impresionado al leer el ti-
tular. Se trataba de la portada de *La Actualidad* y
decía lo siguiente:



EL ASESINO DE LOS OSITOS
DE PELUCHE VUELVE A MATAR

12 de abril de 1910: ha ocurrido un terrible suceso. Vero
Tomar Bergen, una niña de 10 años, ha sido brutal-
mente asesinada. Su cuerpo ha aparecido sin vida a
los pies de la Montaña Negra, muy cerca del Barrio de
las Mariposas. Junto a su cadáver se halló un osito
de peluche. En menos de un mes, es el tercer niño que
muere asesinado en nuestra ciudad. Según las prime-
ras investigaciones del crimen, la pequeña fue estran-
gulada y trasladada posteriormente al lugar donde se
encontró el cuerpo. La policía está muy desorientada
y no posee indicios de quién pueda ser el culpable de
tal atrocidad. Lo que parece evidente es que solo hay
un autor de dichos asesinatos, porque en todos deja
la misma firma: un inquietante oso de peluche aparece
siempre junto a la víctima, esta vez de color naranja.
Como es natural, estas muertes están causando una
gran alarma entre los ciudadanos de Barville y en es-
pecial entre aquellas familias con hijos de corta edad.





Leí la noticia boquiabierto, con el convencimiento de que se trataba de la hija de los padres que yo había visto en la morgue. ¡La niña tenía diez años! Todavía sentí más dolor pensando en cómo había muerto e imaginando lo que sintieron esos padres cuando les comunicaron la noticia. Joel, al verme leer con tanta atención, se acercó a mí y leyó el titular a trompicones:

–El as-ase-sino de lo-oos oo-oo-osito-tos de-de pe-pe-lucheee vu-vu-elve a-a-a ma-tar...

¡Casi no sabía ni leer! Supuse que mucho menos sabría escribir. Se dirigió a mi tía a grito pelado:

–¡El asesino de los niños ha matado de nuevo! –Y a continuación comenzó a reírse–: ¡Otros padres que se han quedado sin su hijo!

Rabioso, iba a decirle que se callara, pero me contuve. Joel me señalaba con el dedo. Daba miedo.

–Y tú ten cuidado, que los muertos son niñatos como tú –me soltó, y se alejó riendo.

Miré a mi alrededor pensando que detestaría vivir en esa casa. Era sucia y caótica. Los pájaros, que siempre me han dado repelús, volaban de un mueble a otro con total libertad. Las ventanas tenían que estar cerradas para que no se escaparan y eso hacía que, junto a la cercanía del establo de vacas, el olor fuera insufrible. Además, me asignaron un cuarto minúsculo, que a su vez hacía de despensa. Un espacio frío, húmedo, repleto de cajas, trastos



viejos, frascos de comida y un terrible olor a ajo. El camastro era tan pequeño que no conseguiría estirar las piernas y me vería obligado a dormir encogido. Pronto lo comprobé: estaba en lo cierto.

Y los días se fueron sucediendo...

Los pájaros a veces se colaban en mi cuarto, dándome unos sustos de muerte. Y lo peor fue que defecaron sobre la caja de las fotos de mis padres. Yo solo deseaba dormir, pero no conseguía conciliar el sueño. Mi cabeza se llenaba de recuerdos familiares, ahora inalcanzables, que se repetían una y otra vez, como el de mi madre preparando costillas asadas, mi padre enseñándome a ir en triciclo, mi madre dándome las buenas noches, mi padre abrazándome con orgullo al ver mis brillantes notas en la escuela o comentando el libro de mapas que me habían regalado. Cogía una de las fotos y la colocaba contra mi corazón. Era la única forma de dormir un rato.

Para no tener que soportar el hedor de la casa, durante el día me pasaba horas frente a la playa del Arenal. Me sentaba en el muelle donde mis padres y yo solíamos ir a bañarnos, hacíamos carreras nadando o nos sentábamos a disfrutar del sol. Allí teníamos una pequeña barca roja con la que salíamos a pescar. Ahí sentado, mis ojos se clavaban en el horizonte del mar con la esperanza de que apareciera un barco con mis padres a bordo. Mientras



lloraba, recordaba que mi madre siempre decía que el mar era salado, igual que las lágrimas humanas, como protesta por las injusticias del mundo. Por fin comprendía sus palabras. Era una enorme injusticia que se hubieran muerto. Y sin poder evitarlo, revivía con dolor cómo se habrían ahogado. Los veía de la mano intentando salir a flote sin conseguirlo. Abrían la boca en busca de aire hasta que finalmente perdían el sentido.

Mi cabeza, que ya tenía tendencia a dar demasiadas vueltas a las cosas, era un nido de pensamientos tristes. Me hacía extrañas preguntas que tenían difícil respuesta. ¿Por qué había tenido que sufrir yo esa tragedia? ¿Cómo podría vivir y ser feliz después de lo que me había sucedido? ¿Qué significaba realmente vivir? ¿Y morir? ¿Y por qué me hacía todas esas preguntas?

Entonces, una vez más, fingía que todo lo que me sucedía no era real, sino un sueño. Sin embargo, pronto volvía a ser consciente de mi nueva vida de huérfano en aquella casa sórdida y maloliente. Solo sentía tristeza... Hasta que un día algo me hizo reír. Fue una tontería: el increíble y escandaloso ruido que hacían mi tía y mi primo al sorber la sopa. ¡Parecían cerditos hambrientos! Y por un segundo, olvidé que ya no volvería a ver a mis padres.

Y luego, pasó algo en la cocina que también me hizo reaccionar. Me impresionó ver cómo un pe-



riquito intentaba encaramarse a la cesta de pan, donde ya solo quedaban unas pocas migas y un par de mendrugos. Al hacerlo, el recipiente volcó y el pan quedó atrapado en su interior. Pues bien, el pequeño pájaro, con su cuerpecito, intentó empujar la cesta para poder comer. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico, pero finalmente lo consiguió. Esa acción del pájaro me hizo ver que yo también podía luchar por mi vida. Decidí superar mis sentimientos y utilizar mi cerebro. «¿Voy a pasarme la vida llorando?», me pregunté. «¿De verdad no tengo ninguna alternativa para ser feliz en casa de mi tía? ¿Cómo querrían mis difuntos padres que me comportara? ¿O quizás estoy menos solo de lo que yo creo?»... De repente, también pensé en la mirada de la madre de la víctima del asesino de los ositos de peluche que había visto en la morgue. Con sus ojos verdes me había dicho que yo tenía una oportunidad para vivir. Así que tomé dos decisiones importantes: me propuse ganarme el cariño de mi tía Claudia y volver a la escuela. Sin embargo, fracasé estrepitosamente en ambos objetivos.

Ese mismo día le regalé a mi tía unas flores que ella no aceptó. Como tampoco aceptó el abrazo que quise darle.

—¿Has robado esas flores? ¿Con qué dinero las has comprado?



Me habló como si fuera un ladrón. Ni siquiera me dio tiempo a decirle que las había ido a buscar a un descampado.

En cuanto a mi otro objetivo, pensé que, si demostraba a mi tía que yo podía ayudar a mi primo Joel a mejorar en algunos conocimientos básicos de matemáticas, lectura y escritura, me dejaría volver al colegio. Empecé proponiéndole leer algunas palabras de mi cuaderno.

–... Pes-ca, agri-cul-tu-ra y ca-ca-ca. ¡Caca!

¡Había dicho *caca* en lugar de *caza*! Por supuesto, se me escapó una carcajada, aunque intenté reírme a escondidas.

–¿Qué pasa? ¿Me estás llamando imbécil? –me reprochó profundamente ofendido, y ahí acabaron nuestras clases particulares.

Él me odiaba porque me acusaba de no colaborar en las tareas del hogar ni de la lechería.

Sin embargo, mi decisión de regresar a mi escuela se mantuvo. Desde que habían muerto mis padres, no había vuelto a pisarla. Yo era un estudiante brillante y mi sueño era poder ir algún día a la universidad. Así que decidí ir a hablar con Oliver Grasset, mi tutor; yo era uno de sus alumnos favoritos y nos llevábamos muy bien. Desgraciadamente, solo entrar en el recinto, recibí otra mala noticia. El bedel me indicó que debía ir al despacho del director.



–Tu tía tiene que pagar las mensualidades si quieres acabar el curso –dijo entregándome un papel para que se lo diera a mi tía–. Vuelve cuando hayas solucionado el tema económico. Hasta entonces, sintiéndolo mucho, no puedes estar aquí.

El director ni siquiera me permitió ir a saludar a Oliver Grasset, así que me tuve que ir.

De regreso a casa de mi tía pasé frente a una tienda de ultramarinos donde vi, en el aparador, un manojo de apetitosos plátanos. Era una fruta que me apasionaba y que mi madre siempre que podía me compraba. Su recuerdo me dio fuerzas.

–Quiero estudiar –le dije a mi tía solo llegar a la casa.

–No somos ricos, Rinus. Además, tú ya sabes leer y escribir perfectamente. ¿Para qué quieres más? –me argumentó.

Yo imaginaba que me daría esa respuesta. Por ello, ya tenía preparado un argumento para intentar convencerla.

–Podemos vender la casa de mis padres y con ese dinero yo puedo pagar mi escuela –le argumenté.

–Esa casa es ahora mía –me espetó–. Ya me he informado con las autoridades y, si te acojo, servirá para pagar el dineral que me gastaré en tu manutención.

–Pero también podrías pagarme los estudios –insistí.



–Te he dejado unos días de descanso porque han muerto tus padres, pero ya se han acabado tus vacaciones. Te voy a buscar un trabajo. Y no se hable más del asunto si quieres continuar en esta casa –zanjó el tema–. Y quítate ese flequillo ridículo.

Esa última frase me dolió más que ninguna.

–Ahora ayúdame con las patatas –continuó mi tía, y dio media vuelta en dirección a la cocina.

Tras pelar varios kilos de patatas, me encerré en mi cuarto y, de nuevo, me hundí en la desesperación. Escruté mis manos, rojizas y doloridas; hasta me había salido un callo. Definitivamente, yo no había nacido para trabajar de cocinero. Mi rostro, que pude ver reflejado en un pequeño espejo colgado en la pared, daba pena. Tenía aspecto cansado y unas grandes ojeras. Sonreí amargamente. Qué iba a ser de mi vida. Me sentía completamente solo. Miré mi flequillo con detenimiento y lo peiné con los dedos para que quedara perfectamente recto. Lo llevaba desde que tenía uso de razón en honor a mi abuelo, a quien nunca llegué a conocer. De repente pensé en cortarlo. Cogí unas tijeras, pero cuando estaba a punto de utilizarlas, me detuve. Mis padres me habían enseñado que, antes de hacer algo importante, debía reflexionar.

–¿Por qué te vas a cortar el flequillo si a tu madre le gustaba y a ti no te importa? –me pregunté a mí mismo.



Cerré los ojos y medité unos segundos más. No, no me lo cortarían. Me tumbé en la cama, aunque solo conseguí conciliar el sueño de madrugada. Lo único que sabía de mi futuro era que conservaría mi flequillo.

